

De Freud a Lacan, la cuestión femenina

Rithée Cevasco

Septiembre 2006

(En el HOMENAJE A FREUD - Colegio de Psicólogos - Barcelona)

Un lien étrange lie la psychanalyse -- sous la forme que son créateur, Sigmund Freud, lui a donnée -- et la féminité. Car d'une part, la femme hante la psychanalyse, de l'origine de son trajet jusqu' ses enjeux les plus actuels, et de l'autre, quelque chose de la rationalité analytique semble s'être joué par le maintien de la féminité à la porte du temple (Paul Laurent Assoun, Freud et la femme).

Esta cita nos convoca de entrada a poner el acento sobre el lugar paradójico que ocupa la “cuestión femenina” en el psicoanálisis. Ellas, las mujeres, son quienes abren la puerta de la escena analítica y sin embargo se quedan como dice P.L. Assoun, de manera un tanto ceremoniosa, en el “umbral del templo”, no entregan totalmente su secreto por más que Freud, las extrae del silencio en las que las condenaban las condiciones de sujeción de su época, en lo que concierne a sus deseos (el secreto de algún amor inconfesable viniendo frecuentemente en el primer plano de la escena de lo reprimido).

Abordar un homenaje a Freud con esta cuestión de la feminidad, no podría hacerlo sin referirme a la enseñanza de Lacan. En efecto, en los tiempos actuales de la llamada “subversión sexual” (es una expresión que Lacan emplea) atenerse a la solución freudiana (y ni hablar de los postfreudianos y la idealización que han promovido del “amor genital”) es un verdadero “escándalo epistemológico” en el ámbito del psicoanálisis, digamos para ir rápidamente, “tradicional”... según la tradición patriarcal, mejor dicho según nuestros conceptos, la tradición del “sinthome” vía Nombre-del-Padre.

En su obra de 1905, en sus Tres Ensayos sobre la Sexualidad, debe reconocerse en Freud lo que no sin cierta provocación dirigida al medio psicoanalítico, me gusta bautizar como el primer teórico *Queer*. En efecto Freud demuestra en este trabajo, entre otros por supuesto, el carácter “torcido” (es una aproximación a la noción de *Queer* en tanto opuesta a la sexualidad *straight*) de toda sexualidad para el ser humano. (Si ello no le impide trazar una frontera entre la sexualidad “normal” y la patológica, es esta una frontera que tanto desde el psicoanálisis mismo como desde otros saberes debe ser constantemente revisada).

En todo caso, Freud ilustra en más de una de sus obras (sus trabajos sobre la vida amorosa de hombres y mujeres son sin duda muy instructivos en este sentido) la DISYUNCIÓN existente entre los destinos de las pulsiones, las elecciones de objeto --hetero, homo, bisexuales, multivariables-- aunque la plasticidad es bien menor de lo que quisieran quienes promueven la existencia de una “multiformidad” de la sexualidad) y las formación de las identidades sexuales*.

La perversión polimorfa del niño(a) no conduce, es una de las primeras lecciones freudianas sobre la sexualidad, no conduce a la heterosexualidad mas que a la homosexualidad, contraponiéndose así frecuentemente al imperativo de la norma heterosexual dominante.

Esa disyunción entrevista por el psicoanálisis estaba en el “antiguo (reciente y aún actual) orden sexual” enmascarada por el imperio de la norma heterosexual. C. Soler*, una psicoanalista francesa, discípula de Lacan, explicita claramente la hipótesis (si no la tesis) de que es esta disyunción la que hoy se realiza en las prácticas sexuales --nuevas o no-- y sobretudo en los discursos actuales sobre el sexo y el amor. En cuanto a la sexualidad femenina además de “torcida” se presenta como extremadamente compleja como bien sabemos.

A partir del momento en que Freud tiene que reconocer que su hipótesis del Edipo generalizado no funciona para las niñas puesto que el primer objeto de amor es --para ella como para el niño-- la madre y no el padre y por el hecho de que, fácil es comprobarlo, sus primeras satisfacciones (masturbatorias) genitales son mas bien clitoridianas que vaginales. El cumplimiento de la “función sexual” que le impone su papel en la reproducción y en la cultura, deberá sufrir entonces una doble mutación. Proceso harto complejo y sometido a una pluralidad de avatares posibles. Para ese “destino” deberá, en efecto, transferir de la madre al padre su amor originario y transferir su goce clitoridiano a un goce vaginal que nada tiene de “natural”

(conversión histérica?, en todo caso Lacan pondrá explícitamente su “misterio” en lo que concierne a sus propiedades anatómicas).

El encuentro con las histéricas le permite a Freud la invención del dispositivo analítico y las primeras elaboraciones sobre las formaciones del inconsciente y su relación con la sexualidad y con el cuerpo hablante a través de sus síntomas. Mucho podría decirse de ese largo trayecto de Freud con las histéricas de su tiempo, desde el momento inaugural hasta la decepción final....

En todo caso lo que de la feminidad se deduce a partir de esos decires en la experiencia analítica ampliada a otros tratamientos que la del sujeto histérico, no es muy halagador para las mujeres: la feminidad asociada a una “castración” es menospreciada, tanto por los hombres como por las mujeres. Freud no duda con ironía en hablar de que sobre ese punto, si que hay “paridad” entre los sexos. El falocentrismo del inconsciente, plantea un desafío en lo que concierne a la posición femenina para el psicoanálisis freudiano y los límites con los que se topa con su famosa roca de la castración, que se traduce por un rechazo general de la feminidad. Junto con la sexualidad infantil que el psicoanálisis descubre, en el sentido literal del término, emerge también el infantilismo generalizado de la representación psíquica de la diferencia entre los sexos.

En lo que concierne a las mujeres por supuesto que el aporte del psicoanálisis no se reduce a una simple comprobación de la reconducción en el inconsciente de las formas de sujeción dominante en la organización de las sociedades (dominación masculina, segregación de las prácticas sexuales otras que las heterosexuales, misoginia generalizada). Reducción del psicoanálisis que es el error de muchas tendencias, feministas y mas recientemente de la llamada teoría Queer.

El aporte freudiano fundamental es la construcción del sujeto del inconsciente como sujeto para el cual la sexualidad tiene un cenico referente: la función fálica en su valor de castración y ello independientemente del sexo (condición anatómica de la diferencia sexual) o del género (condiciones sociales de lo masculino y lo femenino) y ello, por decirlo rápidamente, independientemente de los avatares históricos de la solución Edípica. Es un punto sobre el cual Lacan no cederá cuando retome la cuestión “espinosa” (decía Freud) de la sexualidad femenina.

Freud con la bien conocida pregunta que le habría dirigido a la princesa Marie Bonaparte: Qué quiere La mujer? dejó abierto la respuesta: cómo se las ingenia una mitad de la humanidad con esa condición universal de la sexualidad?.

Lacan retoma ese WWW (*Was Will das Weib*), después de un largo periodo en que el debate sobre la sexualidad femenina permanece en *stand by*. En los años 70, responde a la mutación de la época de la “subversión sexual” proponiendo una teoría de la sexuación y del amor que da cuenta de esos cambios. Lo hace sin duda también a partir de lo que le van enseñando una parte de sus analizantes mujeres, esas mujeres del MLF que recibe en su diván. Mujeres con las que disiente apenas intentan dar cuenta de una “especificidad” de lo femenino no sin el psicoanálisis pero sin la referencia a los conceptos freudianos de la función fálica y la castración, así como a la caracterización de la libido como cenica (“masculina” dice Freud, puede discutirse esa apelación). En todo caso Lacan rechaza toda hipótesis concerniente a la existencia de una libido específicamente femenina, de un inconsciente femenino, de una escritura femenina, etc... (cito a Luce Irigaray, cuya obra es la mas conocida). Lacan elabora entonces una versión -lógica y topológica- para situar esa especificidad de la “posición femenina” sin abandonar por ello la referencia a la concepción universal de un sujeto del inconsciente determinado por la castración (función fálica). A diferencia de Freud --afirmará-- no “obliga” a las mujeres a tomar la única vía de la solución fálica”, comento así muy brevemente una complicada cita de su texto *L'Étourdit*. Si hubiera una “especificidad” de lo femenino --es lo que intentaban sostener las feministas “de la diferencia”-- debe situarse en un “más allá” de la función fálica --pero no sin referencia a ella--, en una posición en la que el goce del sujeto que ha optado (hay en efecto “elección sexual”...) por esa “posición femenina” --sea identificado anatómicamente y/o socialmente como hombre o mujer, lo cual no es una “identificación” sin consecuencias-- no está totalmente organizada por la lógica fálica, especificidad de la “posición femenina” que consiste en acceder a una modalidad de goce otro que el goce fálico, apertura de un goce no del todo fálico, un goce suplementario al goce fálico, aclara Lacan. No se trata pues en esa posibilidad del uno o del otro.

La delimitación de ese campo del goce sexual distribuido en el campo de lo sexual en un goce totalmente fálico y en un goce no del todo fálico, permiten nuevas elaboraciones de la disyunciones de las que hemos hablado y la configuración de una nueva clínica en lo que concierne a las formas de anudamiento del deseo, del amor y del goce.

En todo caso, deja abierta para las mujeres la “libertad” de situarse de otra manera que la que Freud

prescribía (con cuidado sin duda) como siendo la “normal”, vale decir la solución por el goce fálico de la maternidad. Y si Freud había hablado de tres destinos de la sexualidad femenina: la anestesia sexual, la elección masculina, y la que para él era la propiamente femenina... con su bien conocido aforismo “La mujer no existe”, Lacan opta por dejar en el uno por uno de cada una, la elección de su modalidad de goce. Abandona así el intento de construir una categoría universal de LA mujer, punto al que arribarán por otra parte gran parte de los movimientos feministas.

Para el psicoanálisis toda erótica (Lacan se lamentaba que desde la época del amor cortés nada nuevo se había inventado en nuestra cultura occidental, aunque él mismo evoca la aportación al arte amatorio de las Preciosas del siglo XVII) debe tener en cuenta, no tanto la promoción de tales o tales prácticas sexuales -- novedosas o no--, sino la estructura del deseo en tanto deseo del Otro y la existencia del goce gobernado por un más allá del placer (por lo cual no puede confundirse la ética de su erótica con una tecnología de la obtención de placeres. Ver en este sentido la última parte de la obra de Michel Foucault entre otras referencias posibles)....

Hoy día, la incidencia del deseo femenino y del deseo homosexual ha introducido verdaderos cambios en el “orden de la sexualidad” (ver en este sentido los trabajos de Marcela Lacub, jurista y no ajena al debate en el que participan los psicoanalistas). Es este un punto indiscutible: nuevas organizaciones familiares, nuevas reglas de la filiación, con inclusión de homoparentalidad al orden del día, nuevo régimen entre lo permitido y lo prohibido en el campo de la sexualidad.

La sexualidad “consensuada” hoy día modelo dominante, remite más que a la dimensión de la ley y la prohibición a la dimensión del contrato y el consenso. Las sexualidades hoy día “punibles” pertenecen al dominio del ejercicio de prácticas sexuales sin consentimiento, los llamados “abusos” sexuales (violaciones, malos tratos, abusos de menores, pedofilia, etc...). La noción del contrato toma un lugar central (dimensión del contrato que se hace explícita en el ejercicio de ciertas prácticas, por ejemplo el contrato S/M, y que es ofrecida en el “proyecto” de la formación de una comunidad “contra sexual” (propuesta de Beatriz Preciado). El malestar actual no proviene de la represión pulsional (como Freud lo suponía) sino por el contrario por la disyunción, de la autonomización y de la legitimización del registro pulsional (C. Soler*).

Nuestra pregunta específica para el debate sería pues:

De qué manera ese nuevo “orden de la sexualidad” --ya no regido por el principio de la represión, sino por la regla de la sexualidad consensual y por la apertura hacia la liberalización de formas de sexualidad anteriormente excluidas, prohibidas o marginalizadas...-- se conjuga con el Eros del Heteros (nombre con el que Lacan define el espacio de lo femenino como alteridad del Uno fálico).

La respuesta no es evidente y la liberalización de las “prácticas sexuales” no se retraduce forzosamente --pero tampoco puede afirmarse que haga obstáculo a ello-- por una extensión del eros del heteros.

Por ejemplo, la liberación de las mujeres en cuanto a su estatuto jurídico, económico y político, ¿ha ampliado el campo de ese Eros específico de la posición femenina? o muy por el contrario ha ampliado únicamente el acceso de las mujeres a los bienes Fálicos, lo cual no está mal sin duda alguna. En este sentido puede leerse en lo que M. Lacub llama *El Imperio del vientre*, el nuevo poder adquirido por las mujeres sobre el derecho a la procreación asistida, a la custodia de los niños, etc. Un orden que deja lugar al deseo de hijo que no pasa por el deseo de un hombre.

Proponemos en cambio poner el acento sobre la disonancia que existe entre la organización social regida de manera dominante por lo que Lacan llama el “Discurso capitalista” --que no quiere saber nada de las cosas del amor y que forcluye a la castración-- y el desarrollo de ese eventual Eros femenino.

En cambio diríamos que no hay forzosamente disonancia entre ese discurso y la promoción de propuestas de “sociedades contra sexuales” que promueven el derecho a la existencia de prácticas sexuales otras que las reducidas a la genitalidad y la reproducción y que constituyen sin duda alguna propuestas de un “nuevo cuerpo de erotización”, pero que no parecen concernir a la erótica específicamente femenina que Lacan ejemplificaba, por ejemplo como la experimentada en la experiencia mística.

Michel Foucault hablaba de la invención de nuevos placeres en la última parte de su obra cuando retorna a la idealidad de una supuesta sexualidad organizada al margen del poder en la antigua Grecia. Sin duda ese tipo de propuestas provienen mayoritariamente del campo de la cultura gay y lésbica desde donde se han

producido nuevos discursos sobre la sexualidad elevando así a nivel del discurso colectivo lo que podía aparecer anteriormente como “síntomas” estrictamente singulares (y además marginalizados, excluidos, “insultados”). Eso modifica sin duda alguna el carácter del síntoma, como dice C. Soler*, cuando adquiere ese valor de “idealidad” para una comunidad.

De paso, aclaro mi posición ante estas promociones de nuevos discursos sobre la sexualidad que a mi entender son demasiado apresuradamente diagnosticados por algunos psicoanalistas como promoción en la escena social de una suerte de perversión generalizada.

De todos modos, y ello es seguro, el psicoanálisis no tiene porque evaluar “éticamente” (moralmente, si quieren para ser mas sencillos) esas diversas versiones y propuestas. Sobre ese punto Lacan es explícito: “El analista no tiene porque tomar partido, pero si le corresponde “dresser un constat” (hacer un inventario, podría traducirse), estar al tanto digamos de esas variaciones del “orden de la sexualidad” como lo propone Lacan en su texto *L’Etourdit*.

En todo caso y sin duda alguna el Eros Femenino se lee hoy, como ayer, principalmente (no exclusivamente) en los avatares de la vida amorosa. Las exigencias del amor siguen vigentes y las patologías del amor nos informan más que las nuevas practicas eróticas sobre la especificidad de esa posición femenina que hoy como ayer siguen encontrando en el discurso psicoanalítico la posibilidad del mantenimiento de un lazo social donde el amor (vía amor de transferencia) sigue jugando su partida desafiando las leyes de la rentabilidad del goce fálico.

Recordemos que Lacan precisa las dos formas de suplencia a la relación sexual que no se escribe: la llamada “masculina” suple con el fantasma (vale decir con el montaje del sujeto del inconsciente con sus objetos pulsionales) y la modalidad “femenina”, toma preferentemente la suplencia por la vía del amor (hace vínculo social).

En el eros femenino, el deseo no se orienta primordialmente por el objeto pulsional del montaje fantasmático y el goce está íntimamente anudado con el amor (vale decir, que los malestares de su disyunción están al orden del día en la clínica de las mujeres...).

Esa erótica pues de la posición “femenina” mantiene las “exigencias del amor” con las que el discurso capitalista nada quiere saber...

Podemos entonces postular como contrapunto la afinidad del Eros Femenino con el discurso del analista que mantiene un lazo social no desligado del amor, aun con la complejidad de la modalidad del amor de transferencia que pone en juego en parte la dimensión verdadera del amor. Ese “eros femenino” es más reacio a la contabilidad y se juega contingentemente una por una (o uno por uno). Singularidad y contingencia que ponen un límite al cálculo de la rentabilidad fálica...y la universalidad abstracta del “para todos” del goce fálico y del sujeto a-sexuado que es la que permite por otra parte ofrecer en el mercado objetos diversos a las satisfacciones pulsionales.

Cabe por otra parte interrogarse sobre la relación entre la erótica masculina en su vertiente actual y la erótica femenina en lo que concierne a la desintrincación o no de los vínculos sociales (Pero es este un tema que requeriría sin duda un desarrollo que va más allá de los límites de se “homenajee” al que nos convoca nuestra mesa redonda aquí constituida). Curiosamente Lacan propone una suerte de inversión de la relación entre cultura y eros masculino o femenino respecto al que había propuesto Freud.

La clínica del caso por caso que es la que practicamos, nos impone mas que nunca la distinción entre la posición subjetiva histórica y la posición sexuada femenina en el análisis de las mujeres.. No aceptamos pues el borramiento clínico de la histeria tal como se presenta en las clasificaciones nosológicas dominante....no analíticas. No habrá forma de abordar el Eros femenino sin tener en cuenta esta particular división de las mujeres entre su posición como sujeto y su posición como sexuada.

Tampoco habrá forma de levantar los malos entendidos entre los movimientos feministas y “queer”*** si no sabemos distinguir entre el sujeto jurídico (por el cual podemos reclamar una igualdad de tratamiento social, jurídico y político) y las diferencias de la sexualidad, que se retraducen en las diferentes modalidades en

que hombres y mujeres inventan sus soluciones ante la disyunción entre las dimensiones del amor, del deseo y del goce y soportan los malestares que ella produce.

A mi entender suele invocarse en el medio psicoanalítico con frecuencia una asociación que me parece cuestionable entre el incremento de la igualdad de la “ideología de los derechos “universales””, muchas veces dicha “ideología de la paridad” y el borramiento potencial de la diferencia de los sexos que jamás ordenará en el plano de la paridad las relaciones de amor, del deseo y del goce entre sujetos sexuados del mismo o de distinto sexo.

Por supuesto hay modas, hay semblantes que varían y rápidamente para dar cuenta de la comedia entre los sexos: del unisex a la proclamación de la bisexualidad para todos o de la invocación de una sexualidad plástica y multiforme tan contraria, por otra parte, a la experiencia....de las nuevas posibilidades ofrecidas por las innovaciones técnicas, Internet y otras,....

Esos semblantes afectan tanto a los hombres como a las mujeres, la tan problemática “masculinidad” también vacila en sus soportes identificatorios en la reacomodación del nuevo orden sexual de la diferencia de los sexos.

Sobre lo que no cede el psicoanálisis es sobre la lección del “malestar” (mal-dicción) en la sexualidad: ningún orden sexual lo eliminará. En este sentido la noción de síntoma en el psicoanálisis difiere de la definida en los campos de los feminismos y de la llamada teoría *Queer* que adjudican el orden del malestar de la sexualidad a la imposición social de las normas pre-establecidas o en vías de establecimiento, vale decir cénicamente a la coerción de las formas de poder sobre la sexualidad.

En lo referente al psicoanálisis su única prescripción radica en frenar el desencadenamiento imperativo nocivo de un superyó que proclamará un derecho, que se oirá como una orden- a gozar sin restricciones (“Jouir sans entraves” era el slogan de la época de la liberación de la sexualidad antes que la emergencia del VIH atenuara mortalmente tal impulso)... frenarlo...por qué? porque es imposible!

*: Ver entre otros trabajos de C. Soler, su texto *Subversion sexuelle* que se encontrará en la publicación de las Actas de las jornadas de julio 2004 del Forums du Champ Lacanien (EPCL). El tema de estas jornadas “Clínica de la vida amorosa”. Muchos trabajos presentados en esta publicación amplían algunas tesis aquí esbozadas. C. Soler aborda en más de una ocasión diversos puntos aquí esbozados. Puede consultarse por supuesto su ya bastante conocido libro *Lo que Lacan decía de las mujeres* (existe en versión castellana).

** En otras ocasiones me he dedicado a una lectura de la obra de Judith Butler, sin duda alguna, una de las pensadoras más interesante del pensamiento feministas y queer de estos últimos años.